

la fuerza sorprendida; este jefe trató de recuperar el terreno y piezas perdidas tomó la bandera del batallón, habló á sus soldados y al frente de ellos se dirige al lugar ocupado ya por las fuerzas francesas; mas á pocos pasos recibe una descarga á quema-ropa, y cae muerto abrazando la bandera.

El coronel del 1º de Zacatecas, Dagoberto García, en los momentos de comenzar la lucha á la una de la mañana, mostró grande actividad en la colocación apañada é irregular que se daba á las tropas sobre las peñas, barrancos y precipicios; al recibir la orden de arrojar á los franceses del cerro ó morir allí, se acercó al oído del general González Ortega, y en voz baja le dijo: "Si muero, haga usted que no se pierda esta alhaja;" y le mostró un relicario que contenía el retrato de una joven potosina, su prometida; García cayó muerto y su hermano Don Luis salvó en tan angustiosos momentos la prenda recomendada.

Don Fortunato Alcocer, teniente coronel del batallón de Durango, quiso batiarse con las insignias de su grado y llevar abrochados hasta los últimos botones de la casaca. Don Ignacio de La Llave recibió una bala en el dinero que llevaba en uno de los bolsillos del chaleco. El teniente coronel del 4º de Zacatecas, fué herido por otra bala en la cabeza. El coronel del batallón de Durango, Francisco Goyzueta, continuó batiéndose, aunque herido de una pierna que desangraba muchísimo.

La retirada de las fuerzas de González Ortega fué muy penosa. Cerca de las ocho de la noche recibió la orden para que sin demora contramarcharan y se efectuara la retirada; cuando se alistaban principió un fuerte y prolongado aguacero que inundó todo el terreno en que estaban acampadas aquellas tropas. A las once y media de la noche comenzaron á desfilar las caballerías entre la lluvia y la niebla, siguiendo la estrecha y escabrosa senda que habían pasado tres días antes; los arroyos, en virtud del fuerte aguacero que caía, estaban convertidos en caudalosos é intransitables torrentes. Seguían las infanterías, los heridos y enfermos que iban como les era posible, en aquella oscurísima noche. Era conmovedor ver caminar por ese terreno y en semejante estado, al lado de los soldados, más de mil quinientas mujeres que los seguían, muchas de ellas cargando niños de diversas edades; enormes fueron las penalidades sufridas por la División en tan aciaga jornada. Al pasar las caballerías la famosa pendiente conocida por la barranca del Infierno, hubo muchos desbarrancados que sufrieron heridas y contusiones; la mayor parte de los caballos se inutilizaron, y gran parte quedaron muertos ó cansados. La penosa marcha de doce leguas por el corazón de la más escabrosa sierra, concluyó en el pueblo de San Antonio de Arriba, cerca de las cinco de la tarde del día 15; allí se reunieron muchos dispersos; la tropa se alojó lo mejor posible y se refrigeró para reponerse de tantas privaciones y sufrimientos. En esa población se separó de la fuerza el general La Llave y se dirigió á Chalchicomula, para curarse de la herida que recibió en el brazo derecho. El día 16 hicieron una jornada hasta San Agustín del Palmar, donde encontraron al general Francisco Alatorre con cerca de trescientos soldados que se habían separado en el cerro del Borrego.

Los soldados zacatecanos eran zaheridos por los demás del ejército. En esa población tuvieron una conferencia los generales Zaragoza y González Ortega, en la que se dieron explicaciones acerca de lo que había pasado. Fuerte aún el ejército mexicano con doce mil hombres, se estableció en Acatzingo, Chalchicomula, Tecamachalco, Quecholac y la Cañada. González Ortega se retiró á Tehuacán.

Laurencez dijo en su parte oficial, que si el general Ortega llegó á establecerse en la cima del cerro del Borrego, fué porque encontró medio durante la noche de burlar la vigilancia de las avanzadas de sus aliados que, á las órdenes del general Taboada, tenían el expreso encargo de observar las posiciones situadas al Norte y al Oeste de Orizaba, entre cuyos rumbos encontró Ortega un terreno á propósito para subir á la cumbre del Borrego por un lado menos difícil que el de la ciudad, pasando cerca de las avanzadas de Taboada, que no le notaron al principio, ni procuraron después evitar el movimiento de retirada.

Orizaba había recibido solamente dos convoyes: uno el 10 de Junio, conducido por el general Douay, y otro el 12, escoltado por trescientos soldados de Gálvez establecido hacía tiempo en la Tejería, unido á los franceses cuando por primera vez estuvieron en Orizaba antes de la expedición á Puebla. Esperaban el convoy que había de conducir Márquez; pero éste, al llegar á Veracruz con sus dos mil ginetes, sabedor de que Zaragoza atacaba á Orizaba, creyó conveniente ponerse en camino para esa ciudad, dejando en la Tejería los carros aun sin cargar; también sus soldados se negaban á permanecer en lugares expuestos á la fiebre amarilla y de esto hubo una prueba cuando el 23 de Junio declaró Márquez, que sus tropas no se encontraban en estado de servir de escolta al convoy de Veracruz; propuso que de esta operación se encargaran las aclimatadas en Córdoba, ciudad que él ocuparía con todos los infantes y artillería de que dispusiera. Su propuesta fué aceptada y se le reforzó con el batallón de marinos fusileros y con la sección de artillería de marina ya existente en la misma Córdoba. La guarnición de Orizaba quedó entonces reducida á cuatro batallones: el de cazadores á pie, dos del 99 y el 1º de zuavos, reemplazados en el Chiquihuite por ocho compañías de marina.

Los trabajos de defensa continuaban en Orizaba. Colocaron tres baterías delante de la garita de Puebla, con dos cañones cada una y fué terminada la línea de contra-aproche hasta la proximidad del Río Blanco; una de las obras hechas en el cerro del Borrego, fué el camino que se abrió para facilitar las comunicaciones con Orizaba; al Norte, entre el Borrego y Escamela, se formó un campo atrincherado y fuerzas de aliados mexicanos fueron encargadas de vigilar los caminos que bajan de los montes; en suma, las obras con que fué rodeada esa ciudad, la constituyeron en un fuerte punto defensivo.

En los puertos de Francia continuaban con la mayor actividad los aprestos para conducir tropas y pertrechos á México; la fragata acorazada "La Normandie," en la cual se embarcó el almirante Jurién de la Gravière, salió de Cherbourg el 21 de Julio. Pocos días después, el 28, el general Forey llegaba al mismo puerto

y se embarcaba inmediatamente en el "Turenne," que salió para la mar. En Tolón, en Brest, en Cherbourg, los buques destinados para México completan á toda prisa sus preparativos; otra división naval es preparada para cruzar la costa occidental mexicana.

El 28 de Agosto desembarcaba en Veracruz la brigada Brincourt y al día siguiente estaba en la Tejería, de donde el 1º de zuavos partió escoltando ochenta carros, al mando del teniente coronel Labrousse, pasando el Jamapa en balsas, á favor de un cordel amarrado en ambas orillas, y después restablecieron el puente apoyándose en las obras existentes de otro arruinado.

Tres guiones y dos banderas que recogieron los franceses en los combates de Acultzingo el 18 de Mayo y en el del cerro del Borrego el 14 de Junio, fueron enviados por Laurencez á Napoleón, con un capitán de Estado Mayor, edecán de dicho general, agraciado con recepción en las Tullerías; las cinco insignias fueron depositadas en el cuartel Imperial de los Inválidos, por un destacamento de cien guardias; después, con toda solemnidad fueron conducidas á la Iglesia, poniéndolas entre los trofeos que adornan la bóveda de la capilla de los Inválidos.

El ministro Doblado dió cuenta á los gobernadores, en una circular, de los sucesos acaecidos en el cerro del Borrego, asegurándoles que pronto serían repuestas las pérdidas; declaraba que el gobierno ni se enorgullecía con los triunfos, ni se abatía con los reveses. También el ministro de la Guerra refirió los sucesos en una circular y pidió que se remitieran las fuerzas con que cada Estado debía contribuir á la defensa nacional.

Después de la derrota que sufrieron las fuerzas mexicanas en el cerro del Borrego, creyó Almonte que era el momento oportuno de hacer un nuevo llamamiento al país, apoyándose en la pérdida de los que habían pretendido tomar á Orizaba; el 15 de Junio dirigió una proclama á sus conciudadanos, en términos altisonantes y exagerados; llamaba dos grandes acontecimientos á los acaecidos el día anterior; calificaba á los jefes del ejército mexicano de demagogos los más, célebres por sus crímenes contra la sociedad, y calificaba de impudencia "el haber enviado una intimación arrogante al valiente y caballeroso comandante en jefe de las tropas francesas." "La derrota más completa por 150 soldados del 99, á 4,000 de la división de Zacatecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses, ha dado á las hordas de vándalos que le creían intimidado." Dijo que Zaragoza, aprovechando la oscuridad de la noche, "había levantado furtivamente el campo que osara alzar frente al francés con arrogante aspecto de hostilidad; que le perseguían las caballerías nacionales y que por cuarta vez volvía á pasar las Cumbres de Acultzingo." Mal informado, dijo que Alatorre, Pedroza, Colombes, Alcocer y otros muchos, habían encontrado su tumba en el cerro del Borrego. "La ciudad se había salvado del saqueo prometido por los jefes de la llamada ilustre y heroica división de Zacatecas;" calificó de invencible al ejército francés, y á sus aliados los consideraba defensores de la Independencia y la nacionalidad mexicana.

La proclama de Don Juan N. Almonte, escrita en francés y en castellano, se creyó apócrifa por algunos á causa del lenguaje vulgar en ella empleado.

Llamaron la atención dos circulares de los sub-secretarios de Almonte, González y Castellanos; la del primero tendía á contestar los manifiestos de Zuloaga y Cobos; la otra pintaba aterrorizado al ejército de Oriente; daba por hecho el desacuerdo entre Juárez y Doblado y el desencanto de los juaristas; consideraba sospechoso y rival de Juárez á González Ortega; anunciaba que se desconfiaba de Negrete; refería que millares de familias eran víctimas del saqueo, del plagio y del pillaje; que habían sido arrojados por la autoridad, á la calle, los huérfanos, los enfermos y los dementes; aseguraba que de todas partes recibía el Jefe Supremo protestas de adhesión, y que contaba con el apoyo del Emperador de los franceses.

En Orizaba ocurrió un suceso que dió motivo á muchos comentarios: un individuo apellidado Delgado, que tenía el sobrenombre de "Gallo Pitagórico," se presentó á Almonte ofreciéndole sus servicios; manifestó que era perseguido por los liberales y que acababa de salir de un calabozo. Almonte desconfió del voluntario y dispuso que se le vigilara; en efecto, á poco fué acusado de haber tratado de seducir á un individuo; y habiéndole registrado el equipaje, le encontraron un pasaporte del general Zaragoza y una carta de Doblado, en la que se leía: "que á su regreso, si había cumplido la importante misión que llevaba, sería debidamente remunerado;" registrándole la ropa le encontraron una daga pendiente de un cordón; se le formó causa á Delgado y la sentencia de muerte fué ejecutada en la Tejería, donde después de fusilarlo fué colgado de un árbol.

Tan luego que se publicó en Veracruz el decreto que disponía la emisión de quinientos mil pesos en papel-moneda, en el que Almonte había fijado sus esperanzas; todos los almacenes, casas de comercio, hoteles y cafés cerraron sus puertas; y fué dirigida una protesta firmada por multitud de personas, entre ellas los residentes franceses, á los cónsules y á Mr. Roze que mandaba en aquel puerto, quien suspendió provisionalmente la circulación del papel-moneda y pidió al general Laurencez la revocación del decreto. Los almacenes volvieron á abrir sus puertas; pero Almonte insistió en que su decreto se llevara á efecto. La protesta fué publicada en el "Correo de Ultramar" el 15 de Setiembre. El representante de la Gran Bretaña protestó también contra el decreto que imponía la emisión de papel-moneda y criticó los actos del que se titulaba jefe de la Nación.

El parecer de Mr. Wyke, ministro inglés, fué fechado en México el 17 de Junio; sostenía que ni el general Almonte ni los que mandaban en su nombre, habían recibido poder de ninguna autoridad constituida legalmente; en su opinión, los franceses eran responsables de los abusos de que el comercio se quejaba, ya por haber sostenido las absurdas pretensiones de Almonte, ya por haber entregado á sus partidarios la aduana marítima, en lugar de retenerla en su poder después que evacuaron la plaza las fuerzas españolas, á cuyo cargo había estado desde que Veracruz fué ocupada por las fuerzas aliadas.